fundar su porvenir en una guerra en la que su rival habia perdido el suyo.

Ley Julia (99): triunfos de Pompeyo y de Sila: ley Plautia-Papiria.

Fesules y Otriculum, ciudades de los umbrios y de los etruscos, que se habian declarado por la liga, tuvieron que abandonarla, y el senado aprovechó aquel instante de buena fortuna para hacer una concesion que no pareciese arrancada por la fuerza: la ley Julia del cónsul César concedió el derecho de ciudad á todos los habitantes de las poblaciones fieles que en el término de 60 dias se presentasen á declarar en Roma delante del pretor que aceptaban los derechos y cargas del *jus civitatis* (90). Fué uno de los golpes mas hábiles que pudieron asestar á la confederacion italiana. Roma se proponia vencer dividiendo á sus adversarios: era su antigua táctica.

En el año 89 la suerte cambió: el cónsul Porcio desbarató repetidas veces á los marsos, y aunque pereció en un encuentro y los marsos pudieron entonces enviar un ejército en auxilio de Ascoli, Pompedio, que bloqueaba la plaza, le dispersó y continuó estrechando el sitio. Sin embargo, el jefe italiano Yudacilio consiguió abrirse paso por entre sus líneas; mas juzgando perdida la causa de los aliados por el desaliento que encontró en la ciudad, mandó elevar en el templo principal una pira con un lecho en lo alto, y á la conclusion de un festin tomó veneno y pidió á sus amigos que diesen fuego á la hoguera. Ascoli pereció lo mismo que su heróico defensor: los romanos degollaron á los habitantes é incendiaron la ciudad. La toma de esta plaza y la derrota de Vetio Escato produjeron la sumision de los marrucinos, de los vestinos y de los peignos, y hasta los marsos dejaron las armas. Al mismo tiempo el pretor Coscenio y Metelo Pio pacificaban la Apulia, y en la Campania Sila destruia Estabia, se posesionaba de Herculano y Pompeya, y forzaba las líneas del samnita Cluencio. Reconquistadas ya la Campania y la Apulia, podia concentrarse la guerra en el Apenino. Pompedio Silo, á la

cabeza de los 30,000 hombres que aun tenia la liga, prometió la libertad á los esclavos, y acudieron á él 21,000, así como tambien pidió auxilio á Mitrídates. Tiempo era ya de que Roma terminara aquella lucha, y Sila se encargó de ello. De la Campania pasó al pais de los hirpinos y penetró hasta Esernia atravesando montes, en donde estuvo á punto de perecer envuelto por Motulo; pero pudo librarse del peligro fingiendo tratos de paz, volvióse contra el general samnita, que salió herido mortalmente, y con la toma de Bovianum, segunda capital de la liga, terminó aquella feliz campaña, en la que habia conseguido el consulado.

La muerte de Pompedio Silo en un encuentro con Metelo y la ley Plautia-Papiria, que hizo extensivo el beneficio de la ley Julia á todos los habitantes de las ciudades que tenian el título de federadas, así como tambien la calculada moderacion del senado para no abusar de la victoria, quitaron á la guerra toda fuerza y peligro. Los jefes todos de la insurreccion habian muerto; habíase dispersado el senado italiano refugiado en Esernia, y solo los samnitas, los lucanios y algunas ciudades se mantenian firmes: el cónsul Sila puso cerco á Nola, que era una de ellas. En el Apenino quedaban aun numerosas partidas, que con la esperanza de despertar la guerra servil en Sicilia, se corrieron al Brucio y trataron de apoderarse de Regio; pero se lo impidió con su vigilancia el pretor C. Norbano, y entonces se internaron en las impracticables selvas de la Sila, de donde salieron para mezclarse en la sangrienta lucha de Sila y de Mario (89).

Aunque vencidos, los italianos habian forzado el territorio de la ciudad, pero esperábales en Roma una decepcion: en vez de ingresar en las 35 tribus, crearon para ellos, segun el antiguo uso, tribus nuevas (de 8 á 10), que votaron las últimas, de cuyo modo los antiguos ciudadanos conservaron su influencia en los comicios. Políticamente hablando, la ventaja que alcanzaban los italianos con esta concesion era ilusoria, y si se considera que, habiendo pasado ya el reinado de las leyes, no adquirian en el órden civil mas garantía contra la opresion ni mas seguridad, re-

sulta que lo que en realidad habian ganado era un título, así como la ciudad no ganó otra cosa que un refuerzo para los motines y la guerra civil, que estalló casi seguidamente.

Mario y Sulpicio arrojan á Sila de Roma (88).

Sila habia recogido todo el honor de la guerra social, y no estaba concluida aun, pues Nola, los samnitas y los lucanios todavía hacian resistencia cuando él recibia ya el premio de su celo y de sus triunfos. Por unanimidad le concedió el pueblo el consulado y la direccion de la guerra contra Mitrídates (88). Mas sucedió que otro hombre queria tambien aquel lucrativo mando, y era Mario, que aunque tenia 68 años de edad, diariamente se presentaba en el campo de Marte á tomar parte en los ejercicios de la juventud, corria á caballo y disparaba el venablo, para probar que estaba ágil y que se habian concluido aquellos males de que se quejaba cuando se habló de combatir contra los marsos. No logró su propósito, y entonces concibió la idea de aprovechar el descontento de los nuevos ciudadanos, les prometió que les repartiria en las antiguas tribus, y como 13 años antes, buscó el apoyo de un tribuno. Sulpicio, acribillado de deudas, no sabia cómo librarse de sus acreedores. Mario le deslumbró con los tesoros de Mitrídates, entraron en pactos, y Sulpicio, queriendo ser otro Saturnino, se hizo con una guardia de 600 jóvenes, que llamó su antisenado, se acompañó con algunos miles de italianos armados bajo sus togas, y propuso la reparticion en las 35 tribus de los nuevos ciudadanos y de los libertos. Los cónsules se opusieron, y entonces lanzó sus hombres. Pompeyo se escapó despues de haber presenciado el asesinato de su hijo, y Sila, de quien se apoderaron los sicarios del tribuno, fué llevado á casa de Mario, donde, con el puñal en la garganta, tuvo que renunciar á su oposicion. Encargado por los comicios italianos de la guerra contra Mitrídates, Mario envió dos tribunos á las seis legiones acampadas delante de Nola para que tomaran el mando en su nombre; pero Sila estaba allí ya, y habiendo sublevado á los soldados, se encaminó con ellos á Roma.

Regreso de Sila: fuga de Mario.

En vano procuró Mario formarse un ejército. Los antiguos ciudadanos estaban mal dispuestos, los nuevos se creian demasiado débiles contra seis legiones, y ni los esclavos acudieron en crecido número, á pesar de que les prometieron que serian libres. Hubo una escaramuza á las puertas de la ciudad, y todos los jefes del partido se fugaron. Solo 12 personas fueron proscriptas. Sulpicio murió vendido por uno de sus siervos, y Sila que dió la libertad al esclavo porque obedeció el edicto, mandó despues que le precipitaran de la roca Tarpeya porque habia entregado á su amo. Mario se escapó y ofrecieron un premio por su cabeza. Venido el dia siguiente, Sila congregó una asamblea que abolió las leyes de Sulpicio y abrogó aquella disposicion de la ley Hortensia que dispensaba á los plebíscitos de la prévia aprobacion del senado. En suma, las violencias demagógicas de Mario llevaron á Sila al partido de los grandes. Sin embargo, hizo un postrer esfuerzo para conquistar las simpatías populares: disminuyó de un décimo las deudas, y dejó entera libertad á los sufragios cuando llegó el dia de la eleccion de cónsules. Cinna, que fué uno de los elegidos, le mandó acusar al instante por un tribuno: verosímilmente Sila se arrepintió de su moderacion; pero dejando en Roma al cónsul faccioso y al tribuno acusador, fué á reunirse con su ejército y se embarcó para Grecia, bien persuadido de que con sus legiones y el botin de Asia sabria abrirse de nuevo el camino de Roma.

A todo esto huia Mario ante su afortunado rival. Descubierto en un pantano, cerca de Minturno, compareció ante los magistrados de la localidad, que resolvieron ejecutar el decreto de muerte. Para ello enviaron á un jinete galo ó cimbrio, que entró con espada en mano en el cuarto en que descansaba, y como en aquella oscuridad hubiese creido ver que los ojos de Mario despedian llamas, y oyese una voz terrible que le decia: « ¿Te atreves, miserable, á dar muerte á Cayo Mario? » el bárbaro, espantado, retrocedió, y arrojando su espada, salió á la calle gritando y diciendo:

« No, no puedo dar muerte á Cayo Mario. » Sorprendidos al pronto los moradores de la ciudad, se apiadaron despues y se arrepintieron; los magistrados se echaron en cara su ingratitud respecto del salvador de Italia, y le condujeron con provisiones hasta el mar, en donde se dió á la vela para el Africa, desembarcando cerca de Cartago; mas apenas estaba en tierra se presentó un lictor del gobierno romano á mandarle que se volviese á embarcar seguidamente. Mario pasó un rato sin contestar, arrojando al oficial miradas terribles, y como el lictor le preguntara qué era lo que debia decir al gobernador, exclamó por fin: « Dile que has visto á Mario sentado en las ruinas de Cartago. »

Cinna llama á Mario (87): proscripciones: muerte de Mario (86).

Entretanto cambiaban mucho las cosas en Italia. Cinna habia hecho suyos los proyectos de Sulpicio, y proponia que se llamara á los desterrados y se repartiesen los nuevos ciudadanos en las 35 tribus. El dia de la votacion hubo en el foro un sangriento combate: los antiguos ciudadanos se quedaron fácilmente dueños de Roma, y el senado hizo deponer al cónsul fugitivo, que fué reemplazado por Corn. Merula. Esta vez perecieron 10,000 hombres.

Cinna se presentó á los italianos como una víctima de su adhesion á su causa, recibió de ellos auxilios en hombres y dinero, marchó al bloqueo de Nola, en donde los samnitas continuaban su resistencia, y sublevó á los soldados. Sabedor de estas noticias, Mario se apresuró y desembarcó en Telamona de Etruria con unos 1,000 jinetes ó infantes moros y númidas, núcleo de un pequeño ejército que reforzó con 6,000 esclavos, á quienes prometió la libertad en cambio de su servicio. Cinna le ofreció el título de procónsul y las fasces, que no quiso admitir; y cubierto con una mala toga, la barba larga y la vista fija en el suelo, parecia aun bajo el peso de la proscripcion; pero así que se encontró en medio de los soldados dió señales de una actividad extraordinaria y supo animar á todo el mundo. Cuatro ejércitos, á las órdenes de Mario, Cinna, Sertorio y Carbon.

marcharon sobre Roma, cortaron los convoyes, tomaron á Ostia, y la ciudad quedó sitiada por hambre.

Sin embargo, el senado tenia aun en Italia dos ejércitos, el de Metelo Pio, que hacia frente á los samnitas, y el de Pompeyo Estrabon, que habia conservado sus tropas para hacerse respetar de los aliados. Acercábase lentamente á Roma, cuando Cinna y Sertorio le atacaron á corta distancia de la puerta Colina: la batalla quedó indecisa, y poco tiempo despues volvió á la ciudad Metelo; pero un tribuno entregó una puerta del Janículo, y Metelo, juzgándose perdido, huyó á Liguria. Entonces el senado se decidió á tratar: reconoció por cónsul á Cinna, y en el acto empezaron los degüellos. Octavio fué asesinado en su silla curul, y plantaron su cabeza en la tribuna de las arengas; así como perecieron tambien el orador Marco Antonio, Craso, padre del triunviro, dos Césares y los principales personajes. Los asesinos tenian órden de dar muerte á todos aquellos á quienes Mario no devolviese el saludo. Con algunos parodiaron la justicia: Merula, el cónsul reemplazado, y Cátulo, vencedor de los cimbrios, fueron citados ante un tribunal; pero ellos no esperaron la sentencia y se dieron muerte, el uno abriéndose las venas, y el otro de sofocacion con el humo de una pira. Junto al cadáver de Merula hallaron una tablilla en la cual decia que antes de darse muerte habia depuesto sus insignias de flamin dial, con arreglo á las prescripciones del ritual. Los amigos de Cátulo imploraron en su favor á Mario; pero este contestó diciendo que su muerte era precisa. Cinco dias y cinco noches estuvieron matando sin descanso, hasta en los altares de los dioses. La proscripcion cundió de Roma á toda Italia: degollaban en las poblaciones, en los caminos, y como estaba prohibido con pena de la vida dar sepultura á los cadáveres, se quedaban expuestos allí donde caian, hasta que los devoraban los perros y las aves de rapiña. Cinna y Sertorio fueron los que antes se cansaron de aquella matanza: una noche envolvieron á 4,000 satélites de Mario, y ni uno de ellos logró escaparse.

El 1° de enero de 86 Mario y Sila tomaron posesion del

consulado sin eleccion. Como Sila se hallaba á la cabeza de un ejército victorioso, Mario temia, y por la noche creyó oir una voz amenazadora que le gritaba : « La guarida del leon siempre es terrible, aun cuando la fiera se halle ausente. » Y para distraerse de las zozobras, se entregó á los desórdenes que apresuraron su fin. Embriagado hasta su última hora con sueños de gloria militar y con simulacros de batallas, hacia delirando los ademanes del hombre que pelea, se incorporaba en su lecho, ordenaba cargas y entonaba cantos de victoria, hasta el séptimo dia, que espiró á los setenta años de edad y en su séptimo consulado (13 de enero de 86).

Su funeral fué ostentoso. Fimbria arrastró á su hoguera al sumo pontífice Mucio Escévola, porque habia querido interponerse como mediador entre los dos partidos, y le degolló como aquellas víctimas humanas que inmolaban antiguamente sobre las tumbas de los grandes. Mucio cayó; pero no herido de muerte, y ya sanaba de su herida, cuando Fimbria, que le creia muerto, le citó ante la justicia. « ¿De qué le acusas, pues? le preguntaron. — Le acuso, contestó, de no haber recibido el puñal como debia. » Y ordenó su muerte. Mario habia dado el ejemplo de aquellos sacrificios humanos, pues sobre la tumba de Vario mandó despedazar al censor L. César.

¿Hizo aquel hombre mas daño que bien á su pais? Otro cualquiera habria vencido á los cimbrios y salvado á Italia, y quizás al fin de su vida y cargado de gloria no habria sumergido á Roma en la guerra civil, no habria inaugurado el asesinato contra clases enteras como máxima política y razon de Estado. Sin Mario, Sila no habria sido lo que fué. Hemos rendido homenaje á los Gracos, no obstante sus faltas, y ahora debemos anatematizar la estéril ambicion del que ni siquiera supo ser un hombre de partido.

Cinna solo, se encontró sin fuerzas para su papel. Valerio Flacco, sucesor de Mario, no contribuyó con grandes talentos ni con mucho crédito, y despues de haber tomado una disposicion en cuya virtud todas las deudas quedaron

reducidas á la cuarta parte, salió para ir á combatir contra Sila y contra Mitrídates. Cinna prolongó su consulado dos años mas (85 y 84), tomando por colega á Papirio Carbon. Los nuevos quirites, repartidos en las 35 tribus, entregaban la república á Cinna, que en sus cuatro años de consulado sin eleccion ejercia real y verdaderamente la soberanía. Formado este partido de todas las clases inferiores del Estado, demostraba con qué facilidad aceptaria un amo, por indigno que fuese. Pronto iba á tenerle mas grande, pero mas terrible, impuesto por la victoria: ya se acercaba Sila.

Levantamiento de las provincias orientales ó guerra de Mitrídates (88-84): primeras contiendas de Mitrídates con Roma.

El movimiento en que pusieron al imperio la doble rebelion de los esclavos y de los aliados, y los desesperados esfuerzos de los Gracos en favor del pueblo, se comunicó por fin á las provincias, cuyos habitantes, horriblemente oprimidos por los gobernadores, que consideraban el mando como un medio de hacer fortuna, pensaban la manera de libertarse de aquella dominacion romana, que querian compartir los italianos, y viéndose incapaces de salvarse por sí, fijaron la vista en un rey de Oriente.

Mitrídates VI, Eupator, llamado el Grande en la historia, no heredó de su padre, fiel aliado del senado, mas que el reducido reino de Ponto, que cercaban por el mar las repúblicas griegas de Sínope, Amiso, Heraclea y Trebisonda, que por el este tocaba á las tribus bárbaras de la Iberia y la Cólquide, y por el sur á la Armenia, cuyo rey Tigranes se habia dado el título de monarca del Oriente. Mitrídates visitó todos esos pueblos, calculó sus fuerzas y aprendió sus idiomas, que necesitaba saber para sus intrigas, y habiendo conseguido hablar veinte y dos lenguas, pudo conferenciar sin intérprete con todas las naciones bárbaras de la Escitia y del Cáucaso. Lo primero que hizo fué obligar al rey del Bósforo, Cimeriano, á que le cediese su reino. Los romanos no poseian en el Asia Menor mas que las regiones occidentales, y lo restante de la península era un caos de repúblicas, reinos y tetrarquías Mitrídates se puso

de acuerdo con Nicomedes de Bitinia para repartir la Paflagonia, y como los romanos ordenaron á los dos príncipes que renunciasen á aquella conquista, Nicomedes se retiró, dando por rey á los paflagonios occidentales uno de sus hijos, en tanto que Mitrítades respondió con orgullo: «Ese reino pertenecia á mi padre, y me sorprende que pongan en duda mi derecho.» Y añadió á su conquista la de la Galacia. Nicomedes reclamaba la Capadocia, y Mitrídates sostuvo contra él á su cuñado Ariarates VI, que despues, por órden suya, asesinó Gordio. Dió entonces el trono de Capadocia á su sobrino Ariarates VII, y como se mostrara un tanto indócil, le llamó á una conferencia, le asesinó por su propia mano á vista de los dos ejércitos, y puso en su lugar á su hijo, de ocho años de edad. No tardó mucho en estallar una rebelion general, que expulsó al intruso y devolvió la corona al otro hijo de Ariarates VI; pero el rey de Ponto le dió la misma muerte que á su hermano y restableció á su hijo en el trono. El senado de Roma, muy ocupado á la sazon en su guerra contra los cimbrios, prestaba poca atencion á aquellas revoluciones palaciegas; mas cuando la viuda de Ariarates VI, que era hermana de Mitrítades y esposa de Nicomedes, se atrevió á reclamar la Capadocia para un impostor que suponia hermano de sus dos hijos asesinados, en tanto que el rey de Ponto afirmaba que su propio hijo lo era verdaderamente de Ariarates, el senado se indignó y castigó á los dos reyes: Nicomedes debió evacuar la Paflagonia occidental, y Mitrídates la Capadocia, declarada libre. Los capadocios, sin embargo, se asustaron de su libertad, y habiendo pedido al senado que les diese un rey, se sentó en el trono Ariobarzanes. En suma, tantos crímenes y tantas intrigas dieron por resultado la dependencia mas estrecha de la Capadocia en favor de Roma, y una intervencion absorbente.

El rey de Ponto, que deseaba mucho le olvidaran, fué á guerrear en la Cólquide y hasta en las regiones transcaucasianas, en donde sojuzgó á muchas naciones escíticas, y cuando vió por fin distraido al senado en otras atenciones, sin hacer caso de las amenazas de Mario, continuó sus antiguos proyectos y supo interesar por su causa á Tigranes, poderoso rey de Armenia. Ariobarzanes perdió la corona, y en su calidad de rey de reyes, Tigranes atribuyó la Capadocia al hijo del rey de Ponto (93). Sila, que era entonces propretor en Asia, restableció á Ariobarzanes (92); pero no bien llegó á Roma, le derrocaron nuevamente Tigranes y Mitrídates. Aprovechando aquella ocasion, Mitrídates añadió la Frigia á la Capadocia reconquistada, y como viniera á morir entonces Nicomedes II, entró en Bitinia y expulsó á Nicomedes III, que reemplazó con un hermano de este príncipe, llamado Sócrates. Todo esto alarmó al senado, y aunque todavía no podia prever las tormentas que amagaban en Italia, ordenó al pretor de Asia que restableciese á Nicomedes y á Ariobarzanes. Mitrídates, sin oponer resistencia, se volvió á sus Estados hereditarios (90) y hasta permitió que Nicomedes asolara la Paflagonia para satisfacer á sus acreedores de Roma (89).

Degüello de todos los romanos en Asia (88).

Empero se preparaba con gran sigilo: tenia 400 naves en sus puertos y mandaba construir mas, sus emisarios alistaban marineros y pilotos en Egipto y Fenicia, y soldados entre los escitas, los tracios y hasta los celtas de las orillas del Danubio, y así sucedia que incesantemente atravesaban el Euxino ó los desfiladeros del Cáucaso innumerables hordas de bárbaros, hasta que por fin se reunieron 300,000 hombres. Los gálatas se prestaban á seguirle y el Asia le llamaba. Entonces se quitó la máscara: uno de sus generales se presentó al procónsul Casio, y con tono amenazador le echó en cara las injusticias de Roma y le dijo: «Mitrídates tenia derechos heredados sobre la Capadocia, y se la quitásteis; ocupaba la Frigia en premio de los servicios que prestó su padre á vuestra república, é hicísteis otro tanto; se quejó de Nicomedes, y le despreciásteis. Reflexionad ahora cuán grande es su poder: Tigranes es su yerno, el rey de los partos su aliado, y no dudeis que se reunen á él los reyes de Egipto y de Siria. Si principia la guerra, otros muchos le ayudarán tambien, como el Asia,